



Ignacio
Dean

La llamada del océano

La gran aventura de unir
nadando los 5 continentes

zenith

Ignacio Dean

La llamada del océano

La gran aventura de unir nadando
los 5 continentes

zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: abril de 2020

© Ignacio Dean, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

Mapas de interior: © Àlvar Salom

Fotografías de interior: © archivo del autor, © Alberto Muñoz, © Edu Stardrones,

© Guillermo Pérez Jiménez, © Ibra Youssef, © Alejandra Casaleiz

ISBN: 978-84-08-22460-0

Depósito legal: B. 5.724 - 2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Sumario

<i>Prólogo</i> , por Odile Rodríguez de la Fuente	11
<i>Introducción</i>	15
Los preparativos	21

TRAVESÍAS

1. El estrecho de Gibraltar (Europa-África)	
<i>Las Columnas de Hércules</i>	51
2. Travesía Meis-Kas (Europa-Asia)	
<i>Nadar con las tortugas</i>	81
3. Estrecho de Bering (América-Asia)	
<i>La última frontera</i>	101
4. Mar de Bismarck (Asia-Oceanía)	
<i>Papúa salvaje</i>	153
5. Golfo de Áqaba (África-Asia)	
<i>Tiburones y corales</i>	217

Él siempre pensaba en el mar como la mar, que es como en español le dice la gente que la ama.

ERNEST HEMINGWAY

Jueves, 7 de junio de 2018. Madrid. Acabo de colgar el teléfono. He estado hablando con Laura Gutiérrez, presidenta de la Asociación para el Cruce a Nado del Estrecho de Gibraltar (Acneg), organización con sede en Tarifa perteneciente a la World Open Water Swimming Association (Wowsa), con más de veinte años de experiencia dando cobertura a nadadores que vienen desde todos los rincones del planeta para intentar el cruce de un estrecho que es referencia y uno de los desafíos en aguas abiertas más prestigiosos del mundo. Conocen muy bien las aguas del Estrecho, tienen un convenio con Capitanía Marítima para desviar el rumbo de aquellas embarcaciones que se crucen en la trayectoria del nadador y considero que, de entre todas las opciones, es la mejor para tener unas garantías de éxito. Sin embargo, me acaba de comunicar que las previsiones para mañana, 8 de junio, Día Mundial de los Océanos y fecha en la que tenía planeado comenzar la expedición, son malas. Un requisito indispensable para que Capitanía Marítima autorice el cruce es que sople un viento inferior a 4 en la escala Beaufort, algo que debido a las características del Estrecho no ocurre con frecuencia. De hecho, es una región mundialmente conocida para la práctica de deportes como el *windsurf* y el *kitesurf*. La proximidad de los continentes africano y europeo en la confluencia del océano Atlántico y el mar Mediterráneo provoca una aceleración en la velocidad de los vientos y de las corrientes ante el estrechamiento de la geografía en forma de embudo, un fenómeno conocido como efecto Venturi. Esto obliga a los nadadores a tener grandes dosis de paciencia mientras pasan los días y aguardan a que el viento amaine para poder hacer

su intento. En los desafíos en plena naturaleza la meteorología es la que impone las condiciones, *tú no cruzas el Estrecho sino que es el Estrecho el que te permite a ti cruzarlo*. Tal vez haya sido muy osado por mi parte pretender fijar una fecha, soy consciente de que era una lotería acertar, pero, al menos, había que intentarlo, así que toca esperar. El problema reside en que tengo pendiente a mi equipo de grabación, a los medios de comunicación y esta demora, esta incertidumbre, no hace sino añadir más tensión a una mente que debería estar centrada única y exclusivamente en la travesía.

Se trata de una distancia de 14,4 kilómetros en su parte más estrecha, desde Punta de Oliveros en España hasta Punta Cires en Marruecos, muy difíciles de salvar incluso en barco cuando, en palabras de los locales, «El levante se desmelenan». La temperatura del agua en esta época del año ronda los 16 grados en el interior del Estrecho, lo que me hace pensar en el uso del neopreno. Podría soportar un par de horas llevando solo el bañador, pero calculo que me puede llevar cruzarlo entre cinco y seis, por lo que el riesgo de que el frío se convierta en un inconveniente, incluso en razón de abandono, aparece como una posibilidad. El viento y las fuertes corrientes obligan a realizar una travesía en diagonal hacia el sureste, que puede superar los treinta kilómetros si se prolonga hasta Ceuta. Hace unos meses tuve el gusto de conocer en la Academia General Militar de Zaragoza, a la que acudí para impartir una conferencia enmarcada dentro de la Cátedra Cervantes, a un grupo de cadetes que habían realizado dicha travesía a nado hasta Ceuta y recuerdo especialmente cómo me relataban que los días posteriores al cruce apenas podían levantar los brazos del dolor de hombros.

Al día siguiente, 8 de junio, vuelvo a hablar con Laura, la comunicación con ella es diaria para comentar las condiciones meteorológicas, y esta vez me informa de que quizá el lunes 11 haya una ventana de buen tiempo. La meteorología es muy inestable en esta región y difícilmente pronosticable con más de uno o dos días de antelación, las cosas van al día y hay que estar con los tacos de salida siempre listos para aprovechar la oportunidad cuando

esta se presenta. También hay algún grupo de nadadores esperando que tiene preferencia sobre nosotros, pero tal vez vengan varios días seguidos de buen tiempo o alguno de ellos abandone. El sábado 9 cargamos el material en la furgoneta y ponemos rumbo a Tarifa desde Madrid, un viaje de siete horas en el que vamos haciendo paradas puntuales para grabar el *road trip* y en las que aprovecho también para estirar. Estoy concentrado porque ese día para el que tanto he entrenado se va acercando por fin, pero también estoy algo nervioso porque tengo dudas de si seré capaz. Sé que para el contenido del documental interesa que ocurran percances, accidentes, sorpresas, imprevistos, pero el documental está supeditado a la expedición, no al revés, y por el éxito de esta y por mi tranquilidad, deseo que todo fluya con suavidad. Trato de mantenerme enfocado y no malgastar unas energías que luego me van a hacer falta. Vienen a mi cabeza las palabras de mi amigo y nadador de larga distancia Jacobo Parages. Un día que estábamos entrenando en la piscina del Club Canoe le pregunté si me veía preparado para cruzar el Estrecho y me dijo:

—¿Cuántas brazadas das por largo en una piscina de veinticinco metros?

—Entre doce y trece —le respondí.

—¡Bueno, entonces el Estrecho te lo meriendas! —me contestó, no sé si porque realmente lo pensaba o porque era lo que yo necesitaba escuchar, pero sus palabras me infundieron confianza.

Pienso en mi hombro derecho, no he vuelto a tener molestias, también es cierto que estas últimas semanas he aminorado la intensidad de los entrenamientos, pero no sé cómo va a responder ante un esfuerzo tan grande. Entre mi material, por si acaso, llevo unas pastillas de ibuprofeno. Voy consultando las páginas de la Agencia Estatal de Meteorología (Aemet), El tiempo.es y Windfinder, comprobando las condiciones en el Estrecho. Necesitas aprender a leer las tablas de mareas, la velocidad y la dirección del viento, los diferentes estados de la mar en función del oleaje, y familiarizarte con este nuevo elemento tal y como hacen los marineros cuando salen a faenar o aquellos que practican surf y buceo. El mar es el hogar no solo de las miles de especies que lo ha-

bitan, sino también de muchas personas cuyas vidas están íntimamente ligadas a él. Con estos pensamientos, ya de noche, llegamos a Tarifa.

Tras un reparador descanso después del largo viaje, me levanto a primera hora de la mañana y me acerco hasta la playa para comprobar el estado de la mar. Me gusta levantarme al alba, cuando todo está en silencio, y ver el sol despuntando lentamente sobre el horizonte, dibujando el mundo. Esas son las maravillas que le hacen sentir a uno el milagro de estar vivo, tienes la sensación de ser testigo de algo único y hermoso. Se me encoge el corazón cuando lo veo con mis propios ojos, no puedo evitar sentirme abrumado por la inmensidad. Aquí está, frente a mí, desplegándose con toda su bravura, sus corrientes y su oleaje: el estrecho de Gibraltar. Y al fondo, difuminadas como un sueño en la niebla, las costas de África. Me siento pequeño solo de pensar que voy a intentar cruzarlo a nado. Respiro profundamente, el viento sopla en mi cara, vienen a mi mente todas esas personas que lo han intentado cruzar en el sentido inverso a bordo de embarcaciones ridículas y han perecido en sus aguas, qué diferente es el viaje dependiendo de la dirección en la que lo hagas, apenas catorce kilómetros entre ambas orillas y sin embargo dos mundos tan diferentes. Tan cerca y tan lejos.

En otra época, a los promontorios que flanquean el Estrecho, el peñón de Gibraltar al norte en Europa y el monte Musa al sur en África —aunque hay quien opina que no es este último, sino el monte Hacho, ubicado en la actual Ceuta—, se los conocía como las Columnas de Hércules y eran el límite del mundo conocido por los griegos, hasta que, en el siglo VII a. C., Coleo de Samos, que estaba navegando en ruta hacia Egipto, fue arrastrado por los vientos y lo atravesó llegando a Tartesos. Las Columnas de Hércules marcaban el límite entre el interior y el exterior del mar Mediterráneo y se las relacionaba con la frase latina *non terrae plus ultra* («no hay tierra más allá»). En 1492, tras el descubrimiento de América, se añadió el *plus ultra* al escudo de España, en referencia ahora a los territorios hispánicos más allá de este punto. Tarifa, con su castillo de Santa Catalina y la puerta de Jerez, posee una

gran importancia estratégica al ser el punto más meridional de la Europa continental y la puerta de entrada y salida de España hacia África.

Camino por la orilla, sintiendo la arena húmeda y la espuma del mar acariciando mis pies con su continuo vaivén, pensando si mañana podré realizar el cruce. Hay un mástil con una manga roja en posición horizontal completamente hinchada, indicando un viento que debe rondar fuerza 5, y la mar con abundantes borreguillos, buques mercantes, ferris con destino a Tánger y alguna embarcación pequeña. El 50% del tráfico marítimo mundial se desarrolla en el Mediterráneo y una gran parte de este tráfico circula a través del estrecho de Gibraltar. Más de ciento diez mil buques pasan al año por las aguas del Estrecho, unos trescientos al día, lo que lo convierte en una auténtica carretera, con el consiguiente impacto sobre el medioambiente. El dispositivo de separación de tráfico organiza que los buques que salen del mar Mediterráneo al océano Atlántico lo hagan próximos a las costas de España, mientras que los que lo hacen en sentido inverso, entrando desde el Atlántico al Mediterráneo, lo hagan cercanos a las costas de África. El resto del tráfico marítimo que tiene lugar en este mar entra a través del canal de Suez en Egipto y el estrecho del Bósforo en Turquía, provocando que, con la ayuda del urbanismo y de la actividad industrial, el Mediterráneo sea uno de los mares más contaminados del mundo. Sin embargo, el estrecho de Gibraltar es también escenario de un hermoso espectáculo, es ruta migratoria de mamíferos marinos en su paso hacia el Corredor del Mediterráneo, un área marina protegida a nivel internacional por su altísimo valor ecológico, sus hábitats y por ser zona de alimentación para una gran diversidad de especies de cetáceos. Esta mañana vamos a hacer una salida para intentar avistarlos.

Vamos a bordo de una embarcación de Turmares, empresa implicada en la conservación ambiental que se rige por los criterios de buenas prácticas de ecoturismo sostenible, socia fundadora de la World Cetacean Alliance (WCA), miembro del grupo de trabajo Responsible Whale Watching y de la Asociación de Avistadores de Cetáceos del Estrecho, Tarifa y Andalucía (Asaceta),

que, al saber de nuestra expedición y del documental que estamos filmando, ha tenido el detalle de invitarnos. Voy agarrado en cubierta mientras navegamos rumbo al interior del Estrecho, sintiendo las embestidas del oleaje, impresionado por sus dimensiones y sus agitadas aguas. Hace rato que hemos abandonado el puerto de Tarifa y todavía no hemos alcanzado la mitad, miro por popa y las costas de España quedan distantes; sin embargo, África aparece por proa muy lejana todavía. Me parece imposible que yo pueda cruzar este Estrecho nadando, nunca he nadado más de doce kilómetros y menos en estas condiciones. Vuelve a asaltar mi mente la pregunta de si seré capaz, qué estado físico y mental alcanzaré durante el esfuerzo, adónde llegaré, qué límites empujaré. Me acerco al puente para hablar con el capitán al mando del barco y me dice que para cruzar el Estrecho no hace falta saber nadar, que las corrientes te llevan, cuando de repente avistamos por la amura de babor dos calderones jugando con la ola que forma el casco de la embarcación. ¡Qué maravilla! También llamados ballenas piloto (*Globicephala melas*), estos cetáceos algo más grandes que un delfín son perfectamente reconocibles por su característica cabeza redonda y su color negro azabache. Llama la atención la gracia y la tremenda facilidad con que parecen desplazarse, abriendo el espiráculo para respirar cada vez que salen del agua. Poco después vemos un grupo de delfines mulares (*Tursiops truncatus*), algún pez luna (*Mola mola*) solitario con su gran aleta dorsal y su nado torpe y lento, pero lo que más me impresiona es ver un ejemplar de cachalote (*Physeter macrocephalus*) que ha subido a la superficie a coger aire antes de sumergirse de nuevo en las profundidades para buscar alimento. Lo contemplamos a una distancia prudencial para no molestarlo, se trata de una especie que se encuentra en peligro de extinción en el Mediterráneo y en situación vulnerable a nivel mundial. Gracias a la época en la que estuve trabajando en Asturias en la Coordinadora para el Estudio y Protección de Especies Marinas (Cepesma), recuerdo que son los odontocetos más grandes del planeta, se alimentan de calamares gigantes y pueden descender hasta los dos mil metros de profundidad para cazarlos. El ejemplar que estamos viendo es un ma-

cho adulto que debe rondar los doce metros y permanece durante varios minutos flotando horizontalmente en la superficie, respirando por un espiráculo que se encuentra ligeramente a la izquierda de su línea media. Me parece increíble que existan estos animales tan colosales debajo del agua, parecen sacados de un mundo de fantasía. Al cabo de unos instantes inicia la inmersión, el tiempo se ralentiza, sumergiendo primero la cabeza, que mide un tercio de la longitud total, posteriormente la zona dorsal y, finalmente, la aleta caudal con un movimiento suave y elegante, como despidiéndose de nosotros, hasta que desaparece majestuosamente delante de nuestros ojos. Agradecidos con este regalo, emprendemos el regreso a tierra.

Por la tarde, después de comer, vamos a visitar a Laura a la oficina de la Acneg en Tarifa para conocernos en persona y comentar la logística del cruce. Cuando entramos en el local, siento que es un lugar en el que ya he estado, que conozco por los vídeos que he visto con anterioridad. Resulta especial ser yo ahora el que está aquí, es como haber traspasado la pantalla y haberme metido en la película, en un lugar con tanta historia, donde se han forjado tantos sueños y por donde han pasado tantos nadadores, con fotos y con ese mapa mítico del Estrecho en la pared, lleno de números y anotaciones (foto 29). Para mi sorpresa, la primera información que me da Laura es que la travesía comienza en la Isla de las Palomas, no en Punta de Oliveros, y que la distancia que hay que nadar hasta Punta Cires es de 15,1, no de 14,4 kilómetros, setecientos metros más de lo que yo tenía pensado. Otro dato que me pide es mi velocidad nadando para que los patrones de las embarcaciones que me van a guiar y a dar cobertura durante el cruce puedan calcular la hora de partida y prever en qué posición estimada estaré en cada momento, para evitar meternos en una corriente que nos lleve «directamente a Grecia». En este sentido, hay que ser honesto con la velocidad que eres capaz de mantener nadando durante cinco o seis horas, decir una velocidad superior a la que realmente tienes puede arruinar por completo el cruce. En mi caso, tres kilómetros y medio por hora es la velocidad crucero a la que nado de un modo cómodo y que me da un margen

para acelerar e imprimirle puntualmente algo más de ritmo. El cruce se puede hacer en grupos de hasta cuatro personas, siempre que tengan un nivel similar, y para aquellos nadadores excepcionalmente buenos existe la posibilidad de hacer el cruce doble de ida y vuelta. Las corrientes más fuertes se encuentran cerca de ambas costas, por lo que durante los primeros tres kilómetros tendré que nadar rápidamente para salvarla y, del mismo modo, emplearme a fondo para aguantar y tocar tierra firme en África. De hecho, es el final de la travesía lo que más me preocupa. Le pregunto también por un llamativo símbolo de interrogación que hay pintado en rojo sobre el mapa, justo a la mitad del Estrecho. Me responde que ahí se hace un balance de la situación, se comprueban las condiciones de la mar y se ve si el nadador va a poder concluir la travesía, ya que puede ocurrir que durante el transcurso del cruce el viento y el oleaje empeoren. Conversamos durante un rato, permanezco con los oídos bien abiertos, absorbiendo como una esponja toda la información que me da. Un dato curioso que desconocía es que la primera persona que cruzó el estrecho de Gibraltar nadando fue una mujer, Mercedes Gleitze, en 1928, y tardó trece horas. Ese día, situó el cruce del estrecho de Gibraltar entre los siete principales retos de la natación mundial. Cuando le pregunto directamente por la fecha de nuestro cruce, la cuestión para la que todo nadador quiere una respuesta inmediata y concreta, me comenta que hay dos grupos de nadadores esperando desde hace tiempo a que haya buenas condiciones. Deduzco entonces por sus palabras que mañana lunes no va a ser nuestro día, sin embargo, tampoco quiero dejarme llevar por la impaciencia o la desesperación. Ellos son la organización con la que he decidido realizar el cruce y no sirve de nada tensar la cuerda, perseguimos el mismo objetivo y nuestra relación ha de ser fluida y positiva para llevar a buen puerto la travesía. Tras una larga y fructífera reunión, me despido de Laura con una idea mucho más clara sobre el cruce y el firme propósito de seguir comunicándonos a diario, a la espera de las condiciones idóneas. Son tantas las emociones y las nuevas experiencias que da la sensación de que llevamos aquí una semana cuando, en realidad, llegamos ayer. Y

eso es precisamente lo que más me gusta de la aventura, la novedad y la intensidad de cada día.

El lunes 11, efectivamente, amanece sin apenas viento, sopla una ligera brisa que debe rondar fuerza 1 o 2 en la escala Beaufort, con la manga de la playa prácticamente caída. Tras hablar con Laura y confirmarme que uno de los grupos ha iniciado su intento de cruce tal y como estaba previsto, me zambullo en el mar para nadar un par de horas en la ensenada de los Lances, en paralelo a la costa, frente al *camping* Peña de la Torre, donde estamos alojados. Se trata de una de las playas más al sur del continente en un marco natural incomparable entre el estrecho de Gibraltar, la sierra de los montes de Tarifa y las aguas del Atlántico, enriquecido por el aporte de los ríos de la Jara y de la Vega, donde en los días de vientos desfavorables se concentran una gran variedad de aves migratorias, como águilas, halcones y milanos, hermosas especies que, como nosotros, esperan a que mejoren las condiciones para cruzar el Estrecho. Son muchos los amantes de la ornitología que se acercan hasta esta región para observarlas. Las sensaciones son muy buenas, nado suavemente desentumeciendo el cuerpo tras un par de días sin tocar el agua, sorprendido por la nitidez con la que veo pasar el fondo a un metro escaso por debajo de mí, prácticamente puedo tocarlo con las yemas de los dedos. En ocasiones, cuando observo una bandada de pájaros volar me da la impresión de que se mueven como un banco de peces en el aire; ahora soy yo el que tiene la sensación de estar volando en el agua. Me gusta deslizarme sobre la superficie, mi piel en contacto con el mar, la amplitud de espacio y la libertad de movimientos que nunca te van a dar una piscina o un gimnasio. Pienso que me encantaría tener branquias y poder respirar bajo el agua, me pregunto si algún día las tendremos, fruto de una mutación genética o si la tecnología lo hará posible, si hubo una civilización que vivió bajo el mar en otra era, o cómo fue la adaptación de los mamíferos marinos al agua y qué les hizo adentrarse de nuevo en el océano. El mar no es nuestro medio, a pesar de los avances, apenas podemos pasar en él unas horas sin ayuda de una embarcación o unos minutos si es bajo el agua. Vienen a mi mente las inmersio-

nes de Guillaume Néry y William Trubridge en el Agujero Azul de Dean, en las Bahamas, donde superan los cien metros de profundidad en apnea y sin aletas, o la película *Jago: A Life Underwater*, sobre el estilo de vida de los indígenas pescadores de las islas Togian en Indonesia, verdaderos ejemplos de lo que es capaz la maravillosa naturaleza humana. La presión aumenta una atmósfera cada diez metros que nos sumergimos bajo el mar, por esta razón conocemos menos las profundidades abisales que la cara oculta de la Luna. Caigo en la cuenta de que durante estos meses nadando por las costas de España apenas he visto peces, me llama la atención lo esquilmosos que están los litorales y las playas, como un desierto submarino de roca y arena. Las aguas costeras son el caladero de nuestro planeta, proporcionan el 90% de los peces salvajes que consumimos, sin embargo, están gravemente afectados por la sobreexplotación pesquera, la actividad turística y los vertidos urbanos e industriales. Más de la mitad de la población mundial vive junto o cerca del mar, convirtiéndose este en uno de los ecosistemas más castigados. La declaración de parques nacionales marinos y áreas marinas protegidas es una herramienta fundamental para su recuperación.

A la mañana siguiente, nuestra querida protagonista, la manga de la playa, vuelve a estar completamente hinchada. Tras consultar la previsión meteorológica para los próximos días y comprobar que el viento vuelve a reinar indefinidamente en la región, decidimos cargar el equipaje en la furgoneta, emprender el camino de regreso a Madrid y esperar allí hasta nuevo aviso. Me tomo esta primera visita como una labor de prospección muy productiva para conocer el Estrecho y grabar valiosos recursos para el documental. Es un viaje largo; llevamos cerca de seis horas en la carretera, cuando, de repente, el motor de la furgoneta se rompe y nos quedamos tirados en la provincia de Ciudad Real, entre Villarta de San Juan y Puerto Lápice. ¡Qué desastre, menuda manera de comenzar la expedición! Nos tenemos que volver a casa sin poder intentar el cruce y encima se estropea la furgoneta. Mentalmente, hay que lidiar con estos percances. Por lo menos, hemos conseguido entrar renqueando en un área de servicio. Lo primero que

hace Guillermo es sacar la cámara y grabar mientras Ibra intenta solucionar la avería, pero al cabo de un rato, viendo que se escapa a su conocimiento y que comienza a oscurecer, decidimos llamar a la grúa y a un taxi del seguro para que nos lleve a Madrid. El viaje en taxi también es una aventura, aparece un conductor de guardia medio borracho, medio dormido, como si le acabáramos de sacar de la cama, que va dando bandazos, cambiando de un carril a otro, que no inspira ninguna confianza. Vamos todos agarrados a los pasamanos, Ibra en el asiento de copiloto dándole conversación para que no se duerma, hablando de camiones, que parece ser un tema que despierta su interés. En un momento dado, llego incluso a decirle que esté atento por si el conductor se duerme y tiene que asir el volante. Por fin, al cabo de dos largas horas y ya de noche, llegamos sanos y salvos a Madrid, poniendo el punto y final a esta primera y emocionante incursión a Tarifa.

Durante los días siguientes, con el sabor a mar todavía en los labios, continúo entrenando y buscando financiación. No hay que dejarse llevar por la frustración o las prisas, en la práctica del alpinismo también es frecuente descender de la montaña sin hacer cumbre cuando no se dan las condiciones óptimas. Vivimos en un mundo donde imperan la fugacidad y lo inmediato, lo queremos todo ya; sin embargo, las cosas que merecen la pena requieren esfuerzo, tiempo y paciencia. Me siento frente al ordenador, barajo la posibilidad de hacer un *crowdfunding* para conseguir fondos, a pesar de que me gustaría dejarlo como última opción, cuando abro el correo electrónico que me ha mandado un amigo con un dossier confidencial de la empresa estadounidense Kayak y lo estudio detenidamente. ¡No doy crédito a lo que estoy leyendo! La compañía tiene un departamento centrado en el mundo de la aventura llamado Kayak Travel Pro, con miembros de reconocido prestigio, como Mattias Klum, Jeremy Jones o Laura Bingham, y están buscando a una persona en España que sea un aventurero experto, viaje con un propósito, no tema salir de su zona de con-

fort y sea auténtico. ¡Sin duda alguna, yo soy su hombre! Inmediatamente me pongo en contacto con ellos y a los pocos días recibo respuesta de la directora de Kayak en España. Le expongo detalladamente mi desafío y, tras varias conversaciones en las que quedamos gratamente impresionados y vemos que podemos formar un buen equipo, comenzamos las negociaciones. ¡Qué maravilla! Cada vez tengo más claro lo necesario que es poner tus proyectos en marcha, aun sin tener la financiación necesaria para cubrir todos los gastos, y demostrar que vas a por ellos con convicción. Hay que asumir riesgos, la falta de recursos y la incertidumbre se vencen con determinación construyendo piedra a piedra, paso a paso, el puente entre nuestros sueños y la realidad.

A pesar de que confío en realizar antes el cruce del estrecho de Gibraltar, ya está fijada la fecha para la travesía Meis-Kas el 1 de julio, por lo que aprovecho estos días para organizar todos los preparativos del viaje a Turquía. A priori, parece la travesía menos complicada, son siete kilómetros nadando en un entorno seguro, pero implica viajar a otro país, con un idioma diferente, coger varios vuelos, buscar alojamiento, visados. Ante la entrada del nuevo patrocinador, reanudo también la planificación del estrecho de Bering y comienzo a mover algunos hilos para la travesía de Papúa. El estrecho de Bering son ochenta y cuatro kilómetros desde el cabo Dezhniova, el extremo oriental de la península de Chukchi en Rusia, hasta el cabo Príncipe de Gales, el extremo occidental de la península de Seward en Alaska, un lugar del planeta tan apasionante como remoto. Con unas coordenadas de 66°N 169°O, se encuentra ubicado prácticamente sobre el círculo polar ártico, conectando el mar de Bering, un brazo de mar al norte del océano Pacífico, con el mar de Chukchi, al sur del océano Glacial Ártico. Fue descubierto para los occidentales por el navegante ruso Semión Dezhnirov en 1648, aunque su descubrimiento pasó desapercibido, y posteriormente fue redescubierto, explorado y estudiado por el navegante danés Vitus Bering en 1728, a quien debe su nombre. En 1867, Rusia vendió los territorios de Alaska a Estados Unidos; desde entonces, el estrecho de Bering delimita la frontera entre ambas potencias. Justo en medio

del estrecho hay dos islas: las islas Diómedes. Diómedes Mayor, al oeste, pertenece a Rusia, y Diómedes Menor, al este, pertenece a Estados Unidos, separadas por una distancia ligeramente inferior a los cuatro kilómetros. Entre ambas islas pasa la línea internacional de cambio de fecha, es decir, hay un día de diferencia horaria entre ellas. Mi objetivo es conectar las dos islas nadando y la única ventana posible para hacerlo es de junio a septiembre, ya que el resto del año permanece congelado. De hecho, es el único lugar del globo por donde se puede ir caminando de Rusia a Estados Unidos. Por esta razón, este cruce es el siguiente en el calendario si no quiero tener que esperar un año hasta verano de 2019. Como se podrá imaginar el lector, conseguir llegar hasta esa región, por no hablar de nadar en unas aguas que están a 3 grados de temperatura, son palabras mayores.

La cuarta travesía de la expedición es la unión de Asia con Oceanía, una travesía de veinte kilómetros en el mar de Bismarck, al norte de la isla de Nueva-Guinea, ubicada en el océano Pacífico, ligeramente bajo la línea del ecuador. En un primer momento, barajo la opción de ir directamente desde el estrecho de Bering para ahorrar costes, sin embargo, la logística de ambos desafíos es tan complicada y diferente que considero más sensato regresar a casa entre uno y otro. Se trata de la segunda isla más grande del planeta, poblada por una de las selvas más ricas en fauna y flora del mundo y hogar de tribus que todavía no han sido contactadas, amenazadas por la represión militar, las enfermedades que trae el turismo irresponsable, la minería y aquellos que persiguen los recursos naturales de sus tierras. Papúa, la parte occidental de la isla, es una provincia indonesia, mientras que Papúa Nueva Guinea, la parte oriental, es un Estado independiente de Oceanía. Los monzones comienzan en octubre, época a partir de la cual las pistas de tierra que recorren el interior de la isla quedan completamente anegadas de barro y son impracticables, razón por la que conviene ir antes. El único cruce que no depende de la estación es el golfo de Áqaba, en el mar Rojo. Durante todo el año hay una temperatura constante que varía de los 25 a los 30 grados, por lo que resuelvo hacerlo el último. Según el calendario previsto, en agosto

realizaré la travesía del estrecho de Bering; en septiembre, la de Nueva Guinea, y, a finales de año, la quinta y última en el golfo de Áqaba. La principal dificultad de este último cruce radica no solo en una distancia que ronda los quince kilómetros, sino en obtener los permisos para cruzar nadando el espacio marítimo de cuatro países: Egipto, Israel, Jordania y Arabia Saudí. Se trata de una región muy delicada, no olvidemos que estamos cruzando fronteras intercontinentales, zonas de gran importancia política y estratégica, donde es necesario contar con la mediación de las embajadas y el apoyo de los Gobiernos y autoridades de los países implicados, que, en ocasiones, no gozan de la mejor relación entre ellos. Aparte del hecho de que hacerlo nadando, ya de por sí, es una manera poco frecuente de entrar a un país.

Desde que comencé a nadar hace más de un año, mis entrenamientos han evolucionado conforme han ido mejorando también mi técnica y mi resistencia. Un entrenamiento típico a estas alturas de la expedición consiste en lo siguiente.

- Gimnasio:
 - Calentamiento: diez minutos de carrera en la cinta, diez minutos de remo, diez minutos de bicicleta elíptica, diez minutos de bicicleta estática (total: cuarenta minutos).
 - Máquinas y pesas para entrenar la fuerza, alternando ejercicios de brazos y espalda con ejercicios de piernas (cuarenta y cinco minutos).
 - Estiramientos para trabajar la flexibilidad y la elasticidad de los músculos, una cualidad fundamental en la natación, y evitar lesiones (treinta minutos).
- Piscina:
 - Nado continuo para entrenar la resistencia con la fatiga acumulada del gimnasio o mil metros de calentamiento, tres mil metros de ejercicios de técnica (noventa minutos).
 - Estiramientos de los músculos específicos involucrados en la natación tras la sesión en piscina.

Sobre esta base, voy variando los ejercicios y las distancias nadadas, hay días que no voy al gimnasio y hago sesiones más largas en el agua; otros, no voy a la piscina y trabajo más con pesas, con cuidado, porque ganar masa muscular y perder elasticidad es contraproducente. A veces voy a correr a la montaña y muy de vez en cuando me tomo un día sin entrenar. No suelo llevar agua, bebidas isotónicas ni barritas energéticas, entreno durante dos o tres horas con las reservas de mi cuerpo, a veces incluso en ayunas, a primera hora de la mañana, en unas exigentes condiciones de escasez, por lo que el día que tengo avituallamientos y no he ido antes al gimnasio nado mucho mejor. Se trata de hacer un entrenamiento variado para tener el cuerpo equilibrado y el espíritu motivado y de ser constante para ir empujando poco a poco los límites, de tal manera que un día te sorprendas haciendo de un modo natural lo que en un principio parecía inasumible. Van pasando los días volcado en un objetivo, indistintamente de si es lunes o domingo, ¡qué más da cómo se llamen los días!, solo son nombres, convencionalismos, todos tienen las mismas horas y todas igual de valiosas. Mi equipo me pregunta si tenemos alguna novedad, voy hablando prácticamente a diario con la Acneg, el viento no amaina en la zona y, como reza el dicho, «el que espera, desespera». Durante estos días, la productora audiovisual Vice me hace un reportaje en el embalse del Burguillo, en la provincia de Ávila, un lugar precioso entre árboles y montañas al que me gusta ir a entrenar de vez en cuando. Quieren culminarlo grabando el cruce del estrecho de Gibraltar, por lo que también están a la espera. El lunes 25 por la mañana, tras dos semanas de larga espera, suena el teléfono en mi casa. Es Laura:

—Nacho, mañana martes el pronóstico es bueno, si estás por aquí puedes hacer tu cruce.

—¿Mañana, seguro?!

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las nueve de la mañana.

—Fantástico, allí estaré. Gracias.

Cuelgo el teléfono con emoción y el corazón acelerado. Ahora sí parece que por fin el día ha llegado. Inmediatamente, llamo a

mis cámaras y a la productora. Ibra, dueño de la furgoneta y quien iba a manejar el dron, por motivos de trabajo, no puede venir, así que bajamos con el coche de Guillermo. A mediodía, cargamos el equipaje, lo hemos tenido siempre listo durante todo este tiempo para una veloz reacción y, de nuevo, tras un viaje de siete horas en el que aprovechamos para reservar un par de habitaciones y hacer algo de compra para el desayuno y los avituallamientos, llegamos a última hora de la tarde de nueva Tarifa. No saber con exactitud el día del cruce imposibilita seguir un *planning* establecido, te tienes que ir adaptando a las circunstancias. Me gustaría nadar un poco en el mar para desentumecer el cuerpo tras el largo viaje, pero apenas tengo tiempo. Me acerco al local de la Acneg para ultimar los detalles con Laura. Mañana, a las ocho y media de la mañana, nos encontraremos en el muelle 2 del puerto deportivo de Tarifa y, si nada lo impide, a las nueve estaré saltando al agua para comenzar la travesía. Otro factor que tener en cuenta, además del viento, es la niebla que con frecuencia cubre el área del Estrecho y que imposibilitaría el cruce por falta de visibilidad. Es frecuente en estas fechas, porque desde mediados de junio hasta la mitad de septiembre la temperatura del aire aumenta desde la superficie del mar hasta los mil quinientos metros sobre el nivel del mar por el llamado *fenómeno de inversión*. Suele aparecer por la noche y a primeras horas de la mañana y se disipa a mediodía. Confío en que mañana amanezca despejado. Ceno un plato de espaguetis a la carbonara y una *pizza* margarita, hidratos de carbono que seguro que me van a venir muy bien, mientras repaso mentalmente las tareas pendientes y subo a la habitación para intentar descansar. Son más de las doce de la noche y mañana hemos quedado a las siete para grabar. Imaginando el día de mañana, deseando que amanezca en las condiciones óptimas, visualizando cada brazada, preguntándome cuánto me llevará cruzar el Estrecho, si he entrenado suficiente o si me meteré en alguna corriente en contra, lentamente, voy cayendo en brazos de Morfeo.

El despertador suena a las seis de la mañana. Abro los ojos y lo primero que pienso es: «¡Hoy es el día!». Me doy una ducha rápida y comienzo a preparar los avituallamientos. Voy cortando trozos de fruta, voy a llevar un táper con melón, mango y sandía, ricos en agua y glucosa, que van fenomenal para endulzar la boca y quitar el sabor de la sal, pero todavía no sé muy bien cómo me lo van a dar desde la embarcación. Se suele usar un palo telescópico, parecido a un cazamariposas con una malla o con un acople en un extremo, para facilitar los avituallamientos, ya que el reglamento anula el cruce si el nadador llegara a tocar la barca. Voy a llevar varias botellas con agua, otra con una bebida isotónica y una lata de una conocida bebida energética por si necesito un extra de energía al final de la travesía. Llevaré también varios geles con azúcar y cafeína, una barrita energética de absorción lenta para comer antes de saltar al agua y varias pastillas de biodramina por si me mareo. Con esto y los espaguetis que cené anoche confío en tener energía suficiente. Preparo sobre la cama el traje de neopreno, el bañador, el gorro, las gafas, el bote de vaselina, la crema solar y las chancletas y bajo a la calle en ropa de deporte y con una bolsa con el desayuno. Me están esperando Guillermo y los chicos de la productora con las cámaras; no hay nadie más, el día empieza a clarear y las calles están completamente desiertas. Comienzo a trotar suavemente mientras realizo algunos ejercicios de poca intensidad para ir calentando músculos y articulaciones, atento a mis sensaciones, concentrado en la respiración. Tal vez si no estuviera grabando el reportaje y el documental podría haber dormido una hora más, espero que no me pase factura. Nos acercamos hasta el muelle del puerto donde hemos quedado dentro de un rato para ver las condiciones. Todavía no hay nadie, no sopla ni la más leve brisa y la mar está completamente en calma; tampoco hay rastro de niebla. Tras un calentamiento de media hora, me siento en un banco a desayunar, sin mucha hambre, la verdad, algo de fruta, embutido y un donut de chocolate ante la atenta mirada de un gato con el que comparto la comida.

Ese momento para el que tanto he entrenado y en el que he tenido puesta la mente en cada sesión en la piscina, en cada salida

a mar abierto, en cada brazada, en cada conversación, todos y cada uno de los días de este último año, incluso en sueños, por fin ha llegado. Vienen a mi pensamiento aquellos días fríos de invierno nadando en el Cantábrico o esos días lluviosos yendo al gimnasio a entrenar con la capucha puesta por la calle solitaria, con la fuerza y la motivación de quien tiene una misión. Tengo una cita con el destino que no puedo eludir. Subimos a las habitaciones a coger el material, los avituallamientos y nos dirigimos al puerto.

Cuando llegamos, están allí Laura y todo el equipo de la *Acneg* esperándonos. Nos presentamos y, mientras me voy poniendo el traje de neopreno, organizamos la distribución en las dos embarcaciones que nos van a dar cobertura. Antonio Montiel y su hija Cristina irán a los mandos de la *Columba*, la embarcación que va delante marcándome el rumbo, con ellos irán también los chicos de Vice grabando con el dron. Fernando Díaz y la socorrista Nuria Torres irán en la zódiac *Duende del Mar* a mi lado, junto con Guillermo, dándome los avituallamientos. En el puerto está también mi amigo y periodista Pablo G. Padrón:

—Cuéntanos, Nacho, ¿cómo te sientes? —me pregunta.

—Ahora mismo soy una mezcla de emociones, de ganas, de fuerza, de pasión y de nervios e incertidumbre, así que dentro de unas horas, a la vuelta, os cuento qué tal ha ido todo.

Con estas palabras me despido, subo a bordo de la *Columba* y ponemos rumbo a la Isla de las Palomas, que se encuentra a escasos diez minutos. Por el camino, voy respirando hondo, sintiendo la brisa en mi rostro, haciendo unos ligeros ejercicios de calentamiento de hombros y terminando de ajustarme el traje, mientras Antonio me va dando algunas pautas:

—Tú piensa que ya has cruzado el Estrecho —me dice—. El resto del trabajo, déjanoslo a nosotros.

—Perfecto —le contesto con una sonrisa.

Sus palabras denotan una gran seguridad y me transmiten confianza, a pesar de que no puedo evitar pensar en mi fuero más interno que ojalá fuera cierto que ya he cruzado el Estrecho. Por delante me quedan todavía varias horas de esfuerzo al límite.

Estoy exactamente en ese lugar que tantas veces he visto en vídeos, cuando otros nadadores que han intentado el cruce del Estrecho llegan con la embarcación a escasos cincuenta metros de la Isla de las Palomas, saltan al agua y se acercan nadando hasta las rocas para esperar a que toquen el silbato y comenzar su travesía. Siempre que lo veía pensaba: «¡Madre mía, si ya solo nadar hasta las rocas me parece complicadísimo!». Pues bien, ahora me toca a mí. Tengo la sensación de estar viviendo una película, tengo en frente la oportunidad que tanto he estado esperando. Echo un último vistazo a la zódiac para ubicar su posición y comprobar que todo está perfectamente en orden, me ajusto las gafas, cojo profundamente una bocanada de aire, Antonio me da una palmada en la espalda y en ese instante, con el corazón acelerado por la emoción, pero con determinación y sin mayores aspavientos, salto al mar. Mi primera sensación es que el agua no está fría, nado suavemente tratando de gastar la mínima energía posible, aunque, la verdad, si pretendo nadar quince kilómetros, no puedo sentirme intimidado ni fatigado por estos metros de regalo. Al cabo de unos segundos alcanzo las rocas, estoy tocando la costa de España, el punto más meridional de la Europa continental, un poco nervioso y, antes de que me dé cuenta, suena el silbato desde la embarcación y comienza el cruce. Son las 9.10 de la mañana.

Doy unas primeras brazadas enérgicas para coger buen ritmo, respirando por la izquierda, que es por donde lo hago cuando quiero ir rápido. Los tres primeros kilómetros he de nadar deprisa para superar las fuertes corrientes costeras que nos llevan hacia el este, pero tampoco quiero desfondarme: el cruce es largo y he de dosificar las fuerzas. Cubrir la mitad del Estrecho es una distancia a la que estoy acostumbrado, rebasar el dispositivo de tráfico en aguas marroquíes creo que puedo lograrlo, pero donde voy a tener que luchar es en los últimos tres kilómetros, donde me encontraré de nuevo con fuertes corrientes. Estos días hay luna llena, espero que la marea viva me ayude en el cruce. Voy mirando al frente cada pocas brazadas, usando la *Columba* como referencia para corregir el rumbo, seguir una trayectoria lo más recta posible y evitar nadar metros extras haciendo eses (foto 30). El sol sale por el este y

se encuentra a mi izquierda, no llevo gafas espejadas, pero tampoco me deslumbra, que era una de mis preocupaciones. La zódiac también se sitúa a mi izquierda, sopla una ligera brisa de poniente y así no inhalo el humo del motor. Voy atento a mis sensaciones, me he propuesto no mirar atrás ni tampoco intentar buscar las lejanas costas de África, olvidarme de cuánto llevo o cuánto me falta, olvidarme del tiempo, simplemente concentrarme en cada brazada, en el aquí y el ahora, y seguir la embarcación blanca (foto 32). El agua es un medio más denso que el aire y, para recorrer la misma distancia, hay que realizar un esfuerzo mucho mayor. El traje de neopreno me da algo de flotabilidad y me protege del frío, pero también ofrece resistencia y provoca una fatiga en los hombros que se va acumulando con el paso de los kilómetros. La verdad es que conseguir cruzar este estrecho va a suponer una gran motivación de cara a las siguientes travesías. En ocasiones, me pregunto qué es lo que hace que una persona tome la decisión vital de cumplir sus sueños, romper la coraza, las ataduras que la inmovilizan y decir «este soy yo». Qué es lo que le lleva a uno a hacer clic y pasar su interruptor de *off* a *on* y desempeñar el papel que quiere en la película de su vida. ¿Es la conciencia, el carácter, la necesidad, la ambición? ¿En qué medida influyen su genética y las experiencias personales? Todos tenemos un destino, cada uno escribe el suyo, pero qué duda cabe que algunos lo tienen más marcado que otros y les resulta imposible no escuchar la llamada y seguir los dictados de un corazón indomable. Al fin y al cabo, es la posibilidad de realizar tus sueños lo que hace la vida interesante. Lo que hacemos cada día tiene su eco en la eternidad; por eso, cuida tus actos, predica unos valores con el ejemplo y vive una vida que merezca la pena ser recordada.

Se sabe que hace cinco millones de años el estrecho de Gibraltar quedó cerrado, provocando la desecación del mar Mediterráneo, durante la llamada crisis salina del Messiniense. En la actualidad, tiene una profundidad que oscila entre los trescientos y los novecientos metros. La Tierra es un inmenso ser vivo en constante transformación en el que todo está interconectado; resulta absurdo intentar someterla, la naturaleza siempre recuperará lo que

es suyo. A mediados del siglo xx hubo un proyecto llamado Atlantropa que pretendía unir Europa con África, separando el Atlántico del Mediterráneo mediante una enorme presa, y en la actualidad hay varios proyectos que buscan unir ambos continentes a través de un túnel y un puente. Voy inmerso en estos pensamientos, no sé cuánto tiempo llevo nadando, cuando escucho el sonido del silbato desde la zódiac, ¿ya ha pasado una hora? Me acerco para tomar el primer avituallamiento, tengo la sensación de ser un delfín al que alimentan desde la embarcación. Mientras bebo un poco de agua, Fernando me informa de que ya hemos rebasado los tres primeros kilómetros y la fuerte corriente costera, a partir de aquí puedo reducir ligeramente la intensidad. La mar está ondulada y me mece suavemente arriba y abajo. A continuación, me pasan el táper con fruta en una red, me llevo un trozo de melón a la boca mientras me mantengo a flote con las piernas, cuando una ola pequeña llena el táper con agua de mar y los trozos de fruta se quedan flotando.

«¡Maldición, ya se ha echado a perder la fruta!», pienso mientras intento torpemente vaciarlo.

«Dánoslo, ya lo hacemos nosotros», me dice Fernando.

Les paso el táper y continúo nadando, intentando que este percance no influya negativamente en mi mente y condicione el resto del cruce. A partir de ahí, cambio la técnica, comienzo a respirar por la derecha, adoptando un estilo mucho más suave. Las sensaciones son increíbles, la cabeza debajo del agua, el codo alto, los movimientos del cuerpo perfectamente acompasados con el vaivén de las ondas de mar, siento que me deslizo de maravilla, estiro bien el brazo e intento agarrar el mayor volumen de agua en cada brazada, aunque realmente no sé si estoy avanzando, no tengo referencias (foto 31). Las piernas son músculos grandes, consumen más oxígeno, por lo que en largas distancias no se emplean tanto. En esprints cortos se dan cuatro, seis y hasta ocho patadas por cada ciclo de brazada, es lo que se denomina *patada propulsora*, mientras que en distancias largas, para ahorrar energía, se emplea la *patada estabilizadora*, apenas se dan dos patadas por cada ciclo de brazada acompañando el rolido del tronco. Comienzo a atravesar

el dispositivo de tráfico de los barcos que salen del Mediterráneo rumbo al Atlántico, es increíble la velocidad que llevan, nunca me lo había parecido desde tierra. Cargueros, ferris, buques mercantes, los veo aproximarse por mi izquierda y, cuando me quiero dar cuenta, se alejan por la derecha. El trabajo que realizan desde la Acneg y Capitanía Marítima es magnífico, estableciendo contacto por radio con los barcos e instándolos a mantener una distancia de resguardo con nosotros. En ocasiones, siento ligeramente el oleaje generado en la superficie tras el paso de un buque grande. Sé que pasado este dispositivo se encuentra la mitad del Estrecho, la señal será cuando vea ondear la bandera de Marruecos en la *Columba*, indicando que hemos entrado en aguas africanas. Y en eso pongo la mente, ese es el siguiente objetivo a corto plazo. Me pregunto si veremos alguna embarcación de narcotraficantes o alguna patera, si veré calderones, si habrá algún cachalote cerca, si se acercarán delfines a nadar conmigo, si toparé con alguna medusa; al fin y al cabo, estoy en su casa. Estoy inmerso en el mar, en mitad del Estrecho, cruzándolo con la fuerza de mi cuerpo, y siento que el océano poco a poco me acepta, no hay que tener miedo. Somos seres que pasan su vida en tierra, sobre una superficie sólida, y nos hemos vuelto rígidos, pero un porcentaje muy elevado de nuestro cuerpo, como del planeta, es agua. Somos agua, y lo hemos olvidado. Buscamos la estabilidad, el suelo firme bajo nuestros pies, pero la vida es cambio y, en realidad, se asemeja más al agua. En el agua no hay formas fijas ni establecidas, cualquier forma es posible, el agua se adapta al recipiente que la contiene. La vida fluye como fluye la sangre por nuestras venas y los ríos por las montañas; queremos certezas, pero nada es estático, nada permanece, hemos de aprender a convivir con el cambio y a fluir por el espacio y el tiempo como el agua. Estamos hechos de moléculas de agua, de polvo de estrellas, de las mismas partículas y elementos con los que está hecho el universo, y el universo está en constante transformación. Por unos instantes vienen a mi mente el famoso «*be water, my friend*» de Bruce Lee, y la hermosa canción «Como el agua», del cantaor flamenco Camarón de la Isla. El humano siempre ha sentido temor y una fascinación espe-

cial por el mar, el temor y la fascinación que provoca todo aquello que es desconocido y misterioso. Tardamos miles de años en adentrarnos en el mar; la orilla marcaba no solo un límite físico, sino también mental entre lo conocido y un mundo terrible en cuyas profundidades habitaban monstruos y seres mitológicos y, sobre sus aguas, éramos presas de miedos atávicos y cantos de sirena. Hasta que con el paso de los siglos fuimos conquistando todos los mares del globo y descubriendo un mundo de fantasía y belleza sin igual.

En uno de los múltiples avistamientos que hago al frente para localizar la lancha blanca y orientarme, compruebo que en la *Columba* ondea la bandera roja de Marruecos. Vuelvo a mirar para asegurarme, al estar lejos y tener la bandera de España también color rojo, quiero cerciorarme de que la he visto bien. Y, efectivamente, ¡es la bandera marroquí, indicando que ya estamos en aguas africanas! Impresionante, me encuentro muy fresco, he cubierto los primeros siete kilómetros y medio de la travesía volando. Inmediatamente, me vuelven a llamar desde la zódiac para el segundo avituallamiento:

—¡Ya estamos en aguas de Marruecos! —me dice Fernando, mientras me da una botella con bebida isotónica con la red.

—¡Sí, ya he visto la bandera en la *Columba*! —le respondo emocionado—. ¿Cuánto tiempo llevamos?

—Ni dos horas —me contesta, mientras esta vez me pasa un gel con azúcar y cafeína.

No me quiero demorar mucho en los avituallamientos, cuarenta y cinco segundos aproximadamente, así que tomo el gel, un último trago agua y continúo nadando. Había calculado tardar entre cinco y seis horas en cubrir la distancia del Estrecho y, si sigo a este ritmo, voy a superar el mejor de los pronósticos. Me encuentro precisamente sobre el interrogante rojo que aparecía dibujado en el mapa en la oficina de la Acneg, las condiciones del mar siguen siendo buenas, mi estado de forma óptimo, pero todavía queda mucho por delante y he de ser cauto, es pronto para lanzar cohetes, confiarse sería un error. Sé de otros nadadores que en los últimos kilómetros han tenido que enfrentarse a fuertes co-

rrientes, mermando sus fuerzas, y alcanzaban la costa prácticamente desfallecidos. Continúo sin querer fijar la vista en África, mi referencia es la lancha blanca, mi guía. Nos adentramos en el segundo dispositivo de tráfico, los buques que entran al mar Mediterráneo procedentes del océano Atlántico, cuando empieza a levantarse algo de oleaje. He entrenado en condiciones similares, incluso peores, durante la gira en la que estuve inmerso por el litoral español, y sé cómo afrontarlo. Llevo la cabeza hundida bajo el agua, como si fuera cuesta abajo, aprovechando las olas para nadar acompasadamente con ellas, levantando bien los brazos, acompañando el vaivén con cada brazada. Me fundo con el mar, *lo importante es el trabajo que realizas debajo del agua*, me encanta la sensación de volar en un líquido, la sensación de libertad que te da nadar en mar abierto, solo con tu cuerpo en contacto con la naturaleza salvaje. A lo largo de la evolución hemos construido la mente de dentro hacia fuera, añadiéndole siempre capas superficiales una sobre otra: las religiones, la filosofía, la razón, la ciencia, las ideologías, pero bajo el agua desaparecen todas y se hace el silencio, descienes a las profundidades y allí eres solo conciencia en un infinito mar azul.

Veo algunos barcos pesqueros faenando en la zona que deben de pertenecer a Marruecos y también cargueros; son miles los buques que surcan los mares transportando mercancías entre países y continentes, con el consecuente impacto ambiental. A través de la web <www.vesselfinder.com> se puede observar el tráfico marítimo mundial y, la verdad, impresiona la cantidad de barcos que cruzan a diario los océanos convirtiéndolos en auténticas carreteras. El viento de poniente debe rondar la fuerza 3 en la escala Beaufort, el estado de la mar es marejada. Levanto la vista y comienzo a distinguir por primera vez las formas de la costa africana, montes, árboles, rocas y las grúas del puerto Tánger Med a la derecha. Continúo nadando brazada a brazada, sin confiarme, tal y como lo he hecho hasta ahora. Hago un último avituallamiento y tomo una pastilla de biodramina para evitar un posible mareo en este tramo final, me dice Fernando que apenas me quedan dos kilómetros, que estimo que me pueden llevar cubrir media hora.

Me informan también de que en los últimos metros siga a la zódiac *Duendes del Mar*, ya que la embarcación *Columba* no se puede acercar a las rocas por cuestión de seguridad. Me encuentro fuerte, parece que los entrenamientos han dado sus frutos, el desempeño del equipo también es perfecto. Entre el cansancio y el zarandeo de las olas, pierdo un poco el estilo, pero ya estoy muy cerca. No creo que fuera capaz de regresar nadando a España, pero aún podría continuar varios kilómetros, tal vez en el futuro me plantee un cruce doble. De repente, ¡veo el fondo rocoso apenas a unos metros por debajo de mí, no me lo puedo creer, estoy a punto de conseguirlo! Unas últimas brazadas, con cuidado de no accidentarme porque la mar está revuelta y las olas rompen contra las rocas. Distingo a la perfección en un primer plano las piedras de Punta Cires de un color gris verdoso, con rastros de algas y líquen, una antena de comunicación y, allá, al fondo, una playa. Me sorprende lo parecido que es a la geografía española, al punto exacto de la Isla de las Palomas en el que hace unas horas comenzaba el desafío. Por fin, llevado los últimos metros por una ola, como si el mar me diera un último empujón queriendo aliviar mi esfuerzo, como el amigo que te da una palmada en la espalda mostrándote su apoyo, alcanzo Punta Cires y toco la costa de Marruecos. Pego un grito de euforia, liberando la tensión acumulada, celebrando el éxito de la travesía. Desde la zódiac me informan de que he parado el reloj a las 13.05, con un tiempo de tres horas cincuenta y cinco minutos, ¡impresionante! Acabo de cruzar nadando el mítico estrecho de Gibraltar, 15,1 kilómetros uniendo África y Europa, el primer cruce de la expedición Nemo. Me quedo durante unos instantes flotando boca arriba en el mar, mirando el cielo azul y las nubes blancas pasar, dejándome mecer por las olas, saboreando este momento único que quiero guardar para siempre en la memoria. Quién me lo iba a decir hace un año, cuando comenzaba a entrenar en la piscina y apenas era capaz de nadar cuatro largos seguidos. Todo llega, como por fin llegó el día de saltar al mar en las aguas de Tarifa tras la larga espera, como ha llegado el momento de tocar las costas de África. Tenemos el poder de crear la realidad, de materializar nuestros sueños, pero no hay atajos,

fórmulas ni varitas mágicas: el trabajo y la constancia son la clave. Me acerco dando unas brazadas lentas hasta la *Columba* y subo por la escalerilla ayudado por Antonio, que me tiende su mano, en cubierta está todo el equipo dándome la enhorabuena entre abrazos. Me siento en la parte trasera de la embarcación mirando hacia popa, me pongo una toalla sobre la cabeza para protegerme del sol y, mientras voy dando pequeños tragos de una de las botellas de agua, emprendemos el regreso. La lancha cabalga velozmente sobre las olas, descosiendo en un momento lo que tanto me ha costado coser. Las voces resuenan en el aire mientras contemplo inmerso en mis pensamientos las costas de África difuminándose de nuevo entre la espuma, perdiéndose en la lejanía. «Ha sido tan largo el camino hasta aquí y, sin embargo, es tan efímero el momento de la victoria», pienso mientras viene a mi mente la famosa obra del gran alpinista Lionel Terray *Los conquistadores de lo inútil*.^{*} La finalidad de lo que hacemos no puede residir simple y llanamente en la satisfacción de un deseo, en la falsa promesa de una felicidad eterna que se escurrirá entre nuestros dedos en cuanto lo cumplamos. La felicidad no llega cuando conseguimos lo que deseamos, sino cuando disfrutamos lo que tenemos. Tras el logro de un objetivo tan solo hay un instante fugaz y pasajero que se perderá en el tiempo como se diluyen en la noche las luces de un fuego artificial. El porqué de nuestras acciones debe obedecer a un propósito superior, a una causa más profunda, dándole un sentido trascendental a la existencia. Como todo caminante sabe, es el camino, y no el destino, lo que de verdad importa, y más importante que el camino son los principios que mueven nuestros pies. Antes de que nos demos cuenta llegamos de nuevo a Tarifa, entramos lentamente en el mismo puerto donde hace unas horas comenzaba todo y, sin lugar para descansar ni para mayores celebraciones, esa misma tarde emprendemos el viaje de regreso a Madrid. La vida sigue inexorablemente su curso rumbo al futuro, el tiempo pasa y no espera a nadie y dentro de dos días viajamos a Turquía para afrontar el segundo cruce de la expedición.

* Madrid, Desnivel, 2015.

Principales amenazas para el ecosistema marino

- Tráfico marítimo: el 50% del tráfico marítimo mundial se desarrolla en el mar Mediterráneo. Una gran parte entra a través del estrecho de Gibraltar. Afecta a las rutas migratorias de mamíferos marinos: 106.000 buques al año (trescientos aproximadamente al día), infraestructuras portuarias que sepultan zonas de estuarios, vertido de hidrocarburos, *bunkering* (trasvase de fuel entre barcos).
- Actividad industrial: Cepsa, central térmica de Los Barrios...
- Vertidos.
- Urbanización del litoral.
- Sobrepesca y pérdida de biodiversidad.
- Fauna afectada: tortugas marinas, caballito de mar, aves migratorias...
- Especies invasoras: cangrejo azul (*Callinectes sapidus*)...

Más información...

<https://elpais.com/elpais/2017/01/31/ciencia/1485880255_743040.html>

<<https://www.ecologistasenaccion.org/3561/la-bahia-de-algeciras-y-la-problematika-en-el-litoral/>>

<https://elpais.com/diario/2011/05/01/sociedad/1304200802_850215.html>